

MANUEL CORBERA MILLAN*

LA INDUSTRIALIZACION RURAL EN LOS MODELOS DE DESARROLLO: CRISIS ECONOMICA E INDUSTRIALIZACION ENDOGENA

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

En los años 60 y principios de los 70 nadie dudaba de que los espacios urbanos eran el medio natural de instalación de la industria. La crisis parece haber puesto en entredicho ese postulado. Para muchos autores se trata de un cambio en el modelo de desarrollo, que abandona la concentración industrial en favor de su difusión y los recursos exógenos en favor de los endógenos. El presente artículo es una reflexión sobre la realidad de tal giro.

L'industrialisation rurale dans les modèles de développement: crise économique et industrialisation endogène. - Dans le décennie des 60 et au début de 1970 personne ne doutait que les espaces urbains constituaient le milieu naturel d'installation de l'industrie. La crise, à ce qu'il paraît, a remis en doute ce postulat. Pour beaucoup d'auteurs il s'agit d'un changement dans le modèle de développement, qui abandonne la concentration industrielle en faveur de sa diffusion et les recours exogènes en faveur des endogènes. Le présent article est une réflexion sur la réalité de ce changement.

Rural industrialization in development patterns: economic depression and endogenous industrialization. - In the sixties and beginning of the seventies, nobody doubted that the urban spaces were the natural milieu of installation of the industry. The crisis seems to have cast doubt that hypothesis. For many authors this is the consequence of a change in the development model which leaves the industrial concentration in favour of its diffusion, and the outside resources in favour of the inside ones. The present article is a reflection about the reality of such change.

PALABRAS CLAVE: Industrialización rural, industrialización difusa, industrialización endógena, modelos de desarrollo.

MOTS CLÉS: Industrialisation rurale, industrialisation diffuse, industrialisation endogène, modèles de développement.

KEY WORDS: Rural industrialization, broad industrialization, endogenous industrialization, development patterns.

I. LA INDUSTRIALIZACION RURAL COMO EXCEPCION A LA REGLA

Cuando hace poco más de diez años los especialistas analizaban la industrialización rural lo hacían llevados de cierta sorpresa; el objeto de sus investigaciones solía pretender descubrir los criterios, las motivaciones y, en definitiva, la estrategia que movía a tales localizaciones. A veces, se estudiaban también los efectos que estas instalaciones causaban en las comunidades locales o en el territorio mismo que las sostenía. Pero en ningún caso se las veía como una alternativa a la industrialización urbana, sino, por el contrario, como «catedrales en el desierto».

Tal enfoque era debido a la omnipresencia con que se manifestaba el modelo de desarrollo imperante, que mantenía una concepción macroeconómica y apuntaba hacia la concentración y centralización de los recursos. La sorpresa se producía cuando una industria de dimensiones considerables venía a instalarse fuera de lo que se consideraba su medio natural: el área metropolitana.

Hubo quien destacó algunos elementos favore-

cedores para dichas instalaciones. Así podía entenderse la disposición de una mano de obra dócil y barata, característica que se atribuía al hecho de que mantenían parcialmente su ocupación agraria. Era una mano de obra que pronto fue conocida como *mixta* o *agricultores a tiempo parcial*, situación que parecía entroncar con la ilusión de la burguesía de principios de siglo de «hacer desaparecer al proletariado»¹ sustituyéndolo por pequeños propietarios, más individualistas y menos propensos a alborotar, que garantizaban la paz social tan necesaria a sus intereses; y era, además, una fuerza de trabajo cuya reproducción resultaba más barata, gracias a la complementariedad de ingresos de su explotación agraria.

Sin embargo, tales ventajas se diluían ante inconvenientes tradicionales y modernos. Por un lado, el capital pronto comprendió que una mano de obra así era indisciplinada en la producción, debido, no sólo a su absentismo laboral, comparable, en cuanto horas perdidas, al producido por las huelgas urbanas, sino también a su incapacidad de adaptación al proceso productivo. Se encontraba lejos de parecerse a lo que Gramsci llamaba el «ideal del industrial america-

* Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio. Universidad de Cantabria.

¹ SANZ, 1981, p. 43.

no», un trabajador cualificado que se integrase como trabajador colectivo, como complejo humano de una empresa, no diferente a la máquina, que no debía desmontarse demasiado a menudo y que no podía renovarse en sus piezas sin ingentes pérdidas². Por otro lado, la ventaja económica, en cuanto a la reproducción de la fuerza de trabajo, dejó de funcionar en muchas empresas desde el momento en que los convenios colectivos se firmaban por sectores y en ellos no existía ninguna consideración territorial.

Algunos autores consideraban otros factores, como la proximidad a los centros de extracción de materias primas, que si en ciertos casos tenían consistencia, no podían plantearse nunca como decisivos, tanto más cuanto que la mayor parte de la industria había pasado a alimentarse de varios centros suministradores, muchos de ellos extranjeros (países subdesarrollados). Era ésta una variable que si bien pudo funcionar en los primeros momentos de la industrialización (caso de la siderurgia) se había desplazado después, aproximándose la industria, por lo general, a los centros de consumo, es decir, a las ciudades.

Tampoco el caso de los suelos baratos se consideró exclusivo de las áreas rurales y, de cualquier forma, la competencia de los poderes locales la convertía en una variable explicativa débil, aunque quizá con más peso en las áreas periurbanas, menos marginales y bien dotadas de unas infraestructuras de las que carecían la mayoría de las áreas rurales.

De todo ello, solía llegarse a la conclusión de que la localización de la industria en el medio rural respondía, sin lugar a dudas, a una conjunción de variables de las que tal vez destacasen algunas como principales. En cualquier caso, el estudioso se veía impotente para establecerlas a priori y mucho menos para generalizarlas como válidas y determinantes de un posible cambio de tendencia de localización de la industria.

Tampoco se ponían de acuerdo en si tales instalaciones en el territorio rural eran recomendables para éste y su población. Por lo que se refiere a los efectos sobre esta última, dependía en parte de las características de la empresa instalada. Si ésta exigía una cualificación en la mano de obra difícilmente era asequible para la población local y en tales casos se creaba en el área una atracción de población exterior³ que en ocasiones creaba más problemas de los que resolvía, pues solía introducir en el territorio una marcada estratificación social. Pero en cualquier caso, la diversificación de actividades en la zona se consideraba como un efecto positivo, al ampliarse la demanda en la construcción, comercio, bares, etc.; de la misma manera que se solía considerar positiva la transformación del campesino en agricultor a tiempo parcial cuando la industria no exigía esa cualificación⁴.

Sin embargo, tales instalaciones tenían también sus inconvenientes, señalados por otros autores. Así, la transformación de una importante cantidad de agricultores dificultaba la evolución de las estructuras agrarias hacia la concentración. Se mantenían explotaciones no rentables debido, por una parte, a ser utilizadas como complemento de ingresos, y por otra, a

las expectativas especulativas creadas por la industrialización, que unidas a la propia presión sobre la tierra elevan el precio de ésta considerablemente. Por otro lado, la creación de empleo, que suponía la incorporación al mercado de trabajo de importantes sectores de la población era simultánea a un aumento del desempleo, pues el ejército de reserva de trabajo que hasta entonces se encontraba en situación latente se transformaba en flotante⁵. Y por último, en los casos de monoindustria, se creaba una situación de gran dependencia que convertía en tremendamente frágiles a esas áreas. En definitiva, tampoco estaba clara, entre el sector de los teóricos, la conveniencia de la industrialización rural.

En cualquier caso, todo el debate giraba en torno a las instalaciones industriales en áreas rurales, instalaciones que, en la mayor parte de los casos estudiados, eran empresas de gran entidad y cuyo capital y centro de gestión era de naturaleza urbana.

No causaba sorpresa, pero tampoco interés, una pequeña industria que siempre existió en el medio rural, aquélla que había tenido como base recursos de la propia localidad. Desde la óptica macroeconómica era difícil fijarse en un fenómeno tan marginal y microscópico.

II. LA APARICION DE NUEVOS MODELOS: INDUSTRIALIZACION DIFUSA E INDUSTRIALIZACION ENDOGENA

Algo ha cambiado, sin embargo, en las interpretaciones sobre la industrialización rural desde que se inició la década de los ochenta. De pronto han aparecido un gran número de defensores de la misma que no sólo ven en ella una solución para acabar con las situaciones de pobreza en áreas rurales, para corregir los desequilibrios regionales, sino también una solución para la propia industria, una alternativa al modelo territorial del desarrollo industrial. Parece como si la crisis económica hubiese dado lugar a una crisis «de los postulados teóricos, que sustentaban ese “modelo general” de producción y desarrollo»⁶.

En efecto, según este punto de vista, la crisis económica ha puesto al desnudo de forma absoluta el agotamiento de ese modelo de concentración. No se trata sólo del hecho de que los movimientos migratorios se hayan casi paralizado, de que las poblaciones metropolitanas tradicionales experimenten una caída o al menos un estancamiento (de lo que habría que deducir —como ya señalaba Gambier— una menor movilidad de la mano de obra), sino que, unido a ello, los cambios tecnológicos, tanto en la producción como en la gestión y el control, han posibilitado una mayor asequibilidad y flexibilidad de la demanda⁷.

Estaríamos, pues, entrando en un modelo diferente de desarrollo, en un modelo de descentralización o de «difusión industrial». Del modelo concentrado, en el que domina la gran industria, estaríamos pasando a un modelo en que la industria se esparce por el territorio y en el que asumirán el protagonismo las pequeñas y medianas unidades productivas o em-

² SANZ, 1981, p. 51.

³ LARBIOU, 1973.

⁴ JEGOUZO, 1968.

⁵ SANZ, 1981.

⁶ GRANADOS y SEGUI, 1985.

⁷ GRANADOS y SEGUI, 1985.

presas, más flexibles, donde se puede ejercer un mayor control político e incluso donde las innovaciones son introducidas con más facilidad.

El funcionamiento del nuevo modelo parece venir confirmado por la existencia de diversas líneas políticas llamadas a apoyar, en los distintos países de Europa, una descentralización, tanto espacial como económica, de la industria. La importancia que se da a las PYMEs (Pequeñas y Medianas Empresas) en la Comunidad Europea trasluce un interés que algunos han traducido como la rectificación de un rumbo equivocado que habría llevado a la crisis. Frutos de esa equivocación eran la despoblación de las comunidades rurales, la superconcentración urbana con todos los problemas que de ella se derivaban, las disparidades regionales y la fragilidad de ciertas áreas cuya población dependía de una sola rama. La llamada a una política regional que se apoye sobre un modelo de difusión industrial parece la fórmula para corregir ese rumbo equivocado y sus efectos.

Un buen número de autores preconizan recientemente un modelo de industrialización que toma como base el que acabamos de ver, es decir, el de la difusión industrial, pero que avanzan un paso más en su concreción. Para éstos la difusión industrial debe basarse, y así parece suceder en muchos casos, en «sistemas de producciones locales». La crisis económica, al frenar la movilidad de los factores de producción (capital y trabajo), ha propiciado la valoración de los propios recursos naturales y humanos de cada zona, mostrando un camino de desarrollo más razonable que parece irse imponiendo por resistir perfectamente a la crisis⁸. Este es el modelo que a nosotros nos interesa analizar aquí.

Esta industrialización difusa y endógena no se desarrolla de la misma manera en todos los países. Unida a la crisis, ha sido en Italia donde ha tenido una mayor profusión, y, como es lógico, de allí ha salido el modelo a que nos venimos refiriendo. Junto a Italia se ha señalado a España como un país que, aunque en menor grado, sigue un camino similar. Sin embargo, en los países más desarrollados no parece seguirse en absoluto este modelo. J. P. Housel⁹ trata de explicar esta diferencia a partir del grado de antigüedad de la industrialización de cada país. De una parte, se encontrarían aquellos países de industrialización antigua en los que, y debido a ello, el medio rural habría sido vaciado, concentrándose la industria en las ciudades desde temprano; quizás quedasen en el medio rural algunas industrias autóctonas dispersas en las que se habría introducido ya el trabajo en cadena y en las que los salarios no se diferenciarían demasiado de otras similares urbanas. De otra parte estarían las penínsulas mediterráneas (Italia y España), que al finalizar la Segunda Guerra Mundial mantenían aún fuertes porcentajes de población activa agraria y en las cuales existía una gran desigualdad regional que el desarrollo ha profundizado. Al presentarse la crisis en 1973, los dos bloques de países han funcionado de forma diferente en lo que a la industrialización rural se refiere. Los países del sur, tolerando el trabajo negro, tienen costes de mano de obra inferiores a la mitad de los de los países más desarrollados, por lo que fácilmente pueden competir con ellos; e igualmente

compiten con los países subdesarrollados ya que, a pesar de que la mano de obra de éstos es dos veces más barata que la de las penínsulas mediterráneas, su superioridad en la aplicación de las innovaciones les otorga una gran ventaja.

T. Costa¹⁰ llega a conclusiones similares por otro camino. Según esta autora, la relación capital-trabajo se modifica a través de una evolución cíclica. Durante los períodos largos de crecimiento la inversión se acelera (lo que supone un cambio tecnológico) en función de un aumento de la demanda, mientras que durante los períodos de recesión o estancamiento los cambios tecnológicos no son sistemáticos y responden a una dinámica concurrencial, es decir, producir más barato para ganar una demanda en retroceso. La crisis es el factor que hace pasar de una dinámica a otra, pero al hacerlo la industria sufre alteraciones geográficas a nivel internacional. En los países de acumulación intensiva los cambios tecnológicos se incorporan sin dificultad tras un período de inversión activa, mientras en los países donde la acumulación ha sido menos intensiva, en los que el progreso técnico se ha presentado siempre como un efecto derivado de la difusión de los cambios introducidos en otros lugares más avanzados, tal incorporación resulta inalcanzable. De ello deduce la autora que es necesario, para estos últimos países, adoptar opciones y estrategias diferentes a las de los primeros, ya que de triunfar en ellos la «estrategia concurrencial oligopolista» la desindustrialización sería irreversible. La opción que se tendría que tomar debería apoyarse «en la tradición artesano-industrial y en la necesaria cohesión de las empresas productoras, entre sí, y con la comunidad».

III. LA INDUSTRIALIZACIÓN ENDOGENA: UN MODELO DE DESARROLLO DESEABLE

La industrialización endógena aparece, para los autores que la proponen, como un modelo cuya comprobación empírica en el sur de Europa no ofrece ninguna duda. Tanto la localización de las industrias promovidas por las iniciativas privadas como la existencia de líneas políticas que favorecen esas localizaciones y ciertas producciones ligadas a recursos locales parecen argumentos de peso. Pero dejemos para más adelante estos argumentos; lo que nos interesa ahora es subrayar que para estos autores el modelo de industrialización endógena no es una opción más del desarrollo capitalista, sino el modelo deseable de desarrollo.

En efecto, el modelo de industrialización endógena supone un modelo integrado en la comunidad, distribuido homogéneamente, de pequeña empresa, donde la riqueza aparece más repartida, etc.; de características, por tanto, absolutamente contrarias al desarrollo soportado hasta ahora. Resulta curioso comprobar hasta qué punto este planteamiento tiene su homólogo en aquel otro deseo expresado por los populistas de casi todos los países hace poco más de un siglo. La oposición que aquéllos —ingenuos para unos o visionarios para otros— manifestaban a la su-

⁸ COSTA, 1985, y CARAMES, 1985.

⁹ HOUSSEL, 1984.

¹⁰ COSTA, 1985.

perconcentración a la que parecía entonces estar abocado el incipiente capitalismo, debería hacernos pensar en los males que se podrían haber evitado si el rumbo del desarrollo hubiese seguido el camino por ellos señalado. Observemos la enorme similitud que presentan estas palabras de uno de los más ilustres populistas montañeses, Gervasio González Linares, con las esperanzas puestas en el modelo de industrialización endógena:

«Así sucede en el orden económico que los progresos realizados en la industria y en las vías de comunicación —casi en el transcurso de un siglo— han nacido, por desgracia, y se han desarrollado, también, con el vicio constitucional de la centralización, acomodados al medio de los grandes centros, donde anormalmente acrecen la población y la riqueza en asombroso grado. Así se van convirtiendo ya estos progresos en causa de perturbación y de desorden social. En vez de extenderse el fruto de los mismos progresos por todos los ámbitos de la vida social están reducidos a las exigencias del medio que les obliga a manifestarse sólo en los grandes centros ya que población urbana donde tiene su mayor importancia, ya fabriles o en las corrientes principales del tráfico (sic). De aquí resulta, como un contrasentido de la vida moderna, que al par de anormal crecimiento de las poblaciones, la vida nacional se muestra en las localidades débil en extremo, porque apenas llega a éstas la savia de los adelantos que se acumula en los grandes centros. Y nunca como ahora, ciertamente, pudiera remediarse este grave mal de las sociedades modernas; mal que, por causas idénticas a las que originaron la ruina de anteriores civilizaciones, amenaza ahora la vida de la civilización presente. ¡Cuando estos mismos progresos materiales, y sobre todo el vapor aplicado a las vías de comunicación, hacen del todo innecesaria esta acumulación insana, y permiten fácilmente que la savia de los adelantos modernos circule libremente y sin limitaciones arbitrarias, haciendo fecunda por todas partes la vida social donde quiera que ésta se encuentre!»¹¹.

Este discurso decimonónico podría muy bien servir de premonición para aquéllos que suponen que la crisis económica actual se debe a la superconcentración impuesta por el modelo tradicional. Hoy, tomada conciencia de que el camino que se eligió entonces era el erróneo, tras observar no sólo lo monstruoso del engendro creado sino lo peligroso que éste comenzaba a volverse para el propio sistema, trata de rectificar su trayectoria. El modelo de industrialización endógena retornaría al camino correcto que conduce a un desarrollo equilibrado a nivel regional, presidido por la armonía de la producción desde los recursos locales.

IV. REORIENTACION DE LA POLITICA INDUSTRIAL HACIA EL DESARROLLO ENDOGENO

Una de las primeras manifestaciones en este sentido podemos encontrarla en la reunión de los expertos de industrialización rural celebrada en Bucarest en 1973 con objeto de emitir un informe solicitado por la ONU sobre las posibilidades, ventajas e inconvenientes de impulsar, mediante líneas políticas concretas, el desarrollo de la industrialización rural. El

objetivo era tratar de resolver, en parte, un desarrollo excesivamente polarizado producto de una política de crecimiento macroeconómico que había dado lugar a la marginalidad y pobreza de gran número de zonas rurales. Contaron, los expertos, con una amplia literatura especializada sobre el tema en la que pudieron apoyarse al sopesar todos los argumentos a favor y en contra que hemos resumido en el primer epígrafe.

El informe comienza desengañando a quienes pudieran pensar que tan sólo con la instalación de industrias en el medio rural se puede acabar con los desequilibrios regionales; habría que atender más bien a un desarrollo multifacético que debiera comprender la introducción de mejoras en la agricultura y el perfeccionamiento de las infraestructuras:

«En realidad, por lo general sería necesario que se llevaran a cabo, al menos parcialmente, las mejoras mencionadas antes de que fuera posible instalar industrias»¹².

Por otra parte, plenamente consciente de que la industrialización rural podía provocar cambios sociales, algunos de los cuales podrían no ser beneficiosos para una comunidad rural, llama a una cautela especial a la hora de proponer, impulsar o apoyar un plan de industrialización rural. Niega la existencia de un concepto universal de industrialización rural y hace hincapié en la necesidad de tener en cuenta las condiciones reinantes en la región respectiva. Por ello, no se recomendaba la instalación de establecimientos modernos de gran o mediana escala, aunque en ciertos casos pudiera resultar justificable (cuando explotara algún recurso originario del lugar que sufriera una pérdida considerable de peso en su elaboración o que fuera percedero, o bien que la industria formara parte de la política de descentralización industrial):

«Las razones de las conclusiones antedichas eran, en el primer caso, que toda empresa industrial de un nivel superior al hogareño necesitaba una cierta infraestructura mínima que no era posible encontrar en todas las aldeas rurales, y un mercado de un tamaño adecuado para su escala de explotación. En el segundo caso, una industria de gran escala o de mediana escala necesita personal cualificado, que no se encontraba generalmente en una comunidad rural. Sería necesario importarlo de fuera de la zona y esto introduciría en la comunidad una estratificación mayor con pocas posibilidades de movilidad ascendente. Más aún, el efecto acumulado en el ingreso rural podría ser pequeño, a menos que se empleara una gran cantidad de mano de obra no cualificada. En la práctica, sería un enclave urbano dentro de una comunidad rural y tendría sólo un efecto marginal sobre ella»¹³.

En definitiva, el tipo de industrialización rural recomendable es aquél que se integra favorablemente en el medio, que utiliza recursos propios de ese medio (materias primas, mano de obra) e incluso que busca atender necesidades de la propia comunidad (mercado local)¹⁴. En este sentido, resultaban adecuadas a los planes de industrialización rural, las industrias dedicadas a la elaboración de productos agrícolas, a suministrar insumos a la agricultura, las de extracción de minerales y producción de materiales de construcción, la artesanía artística y las manufacturas subsidiarias o de producción de componentes para su ensamblaje final en los productos de gran

¹¹ GONZALEZ LINARES, 1855.

¹² INDUSTRIALIZACION RURAL, 1974, p. 4.

¹³ INDUSTRIALIZACION RURAL, 1974, p. 6.

¹⁴ INDUSTRIALIZACION RURAL, 1974, p. 6.

des fabricantes urbanos. Pequeñas industrias que podrían surgir de las nuevas habilidades aprendidas por trabajadores que viajaban diariamente a las zonas metropolitanas o por emigrantes que retornaban a sus lugares de origen:

«Con frecuencia las limitaciones eran más de tipo financiero que técnico. La política de industrialización rural estaría dirigida a eliminar esas limitaciones y a utilizar esa capacidad para generar un mayor desarrollo industrial. El surgimiento de esas empresas, aun a niveles artesanales, proporcionaba una base de formación no académica para los jóvenes del campo, la cual hasta entonces no había existido»¹⁵.

Todas estas recomendaciones, sin embargo, no se vieron traducidas, en esos momentos, en iniciativas políticas en casi ninguno de los países. Pero, conforme se fue generalizando la crisis y pudo observarse que espontáneamente surgían algunas iniciativas privadas en el medio rural (en el terreno, por ejemplo, de la artesanía), en la mayor parte de los casos, llevadas a cabo por trabajadores que habían quedado en paro o jóvenes que carecían de esperanza de encontrar empleo, se hizo patente la ventaja que el impulso de este tipo de iniciativas ofrecía. La retención en el campo de la población potencialmente activa y excedentaria de la producción agraria, permite controlar mejor a la vez que reducir el coste social de mantenimiento de un ejército de reserva de mano de obra que crece desmesuradamente, permitiendo al mismo tiempo incrementar el poder adquisitivo de un sector de la población que de otro modo estaría en paro.

Este descubrimiento ha llevado a las instancias políticas a regular su política regional en este sentido. Así, a partir de 1985, el FEDER, instrumento específico de política regional de la CEE, ha decidido favorecer la revalorización del potencial de desarrollo endógeno de las regiones:

«La Comunidad desea en efecto reorientar la política regional, tradicionalmente basada en la importación de inversiones a las regiones desfavorecidas. Para estimular el crecimiento de las inversiones en el sector productivo, la Comunidad quiere fundamentalmente alentar las medidas en favor de las pequeñas y medianas empresas, ya sea facilitando su acceso al mercado de capitales o poniendo a su disposición servicios que les ayudan a acrecentar sus actividades y a acceder a las nuevas tecnologías. De esta manera, el FEDER puede cofinanciar estudios de mercado, la transferencia de tecnologías, la promoción turística, etc. Puede igualmente contribuir a proporcionar a las autoridades locales o nacionales la asistencia técnica necesaria para poner en práctica operaciones cofinanciadas»¹⁶.

De la misma manera en 1982 la OCDE puso en marcha un nuevo programa que incidía en este mismo objetivo, aunque desde un propósito mucho más definido, el de la promoción del empleo. Al programa se le conoce con el nombre de ILE (Iniciativas Locales de Creación de Empleo) y se le integra dentro de las políticas regionales o locales. España está integrada dentro de este programa, regulado en la Orden Ministerial de 6 de julio de 1983¹⁷.

V. LA INDUSTRIALIZACION ENDOGENA EN ITALIA Y ESPAÑA

Como ya señalábamos, el modelo a que nos venimos refiriendo procede de Italia y en concreto de las regiones del Centro y Noroeste (modelo NEC), es decir, de las regiones de Emilia, Toscana, Las Marcas y el Veneto. Según T. Costa,

«el modelo NEC se basa en un sistema de pequeñas empresas creadas gracias al ahorro realizado por los propios empresarios. Así, la estructura industrial se caracteriza, en dicho modelo, por la existencia de numerosas pequeñas empresas esparcidas por el territorio manteniendo una fuerte cohesión entre ellas, y con la comunidad, de manera que, el sistema mantiene la continuidad del papel productivo de la familia y de la antigua administración democrática local».

Y continúa:

«El modelo NEC es, ante todo, un modelo integrado en el que ninguna de las empresas llega a dominar definitivamente»¹⁸.

Sin embargo, cuando se nos aproxima a casos concretos algunas cuestiones ya no aparecen tan claras. Así, durante el SIAR-83, E. Saraceno presentó tres casos concretos de los cuales dos de ellos pertenecían al ámbito del NEC mientras que el tercero se encontraba en una de las regiones más deprimidas de Italia, la de los Abruzos (Mezzogiorno).

La primera de ellas, en la Toscana, es una región especializada en la industria textil desde antiguo (s. XVIII), que tras sufrir la crisis financiera de postguerra (en 1947) opta por *descentralizarse vendiendo o alquilando los telares a trabajadores autónomos*; el municipio sobre el que se estudia, Prato, cuenta con la tercera ciudad en importancia de la Toscana (después de Florencia y Livorno), pero las industrias se hallan esparcidas por un área muy amplia (10 municipios). En su conjunto, el área pratese supone el 55% de las empresas y el 30% de los empleos del sector textil.

El segundo caso es el de Friuli (región Friuli-Venecia-Giulia). Se trata de un área que cuenta con gran número de núcleos rurales, algunos de ellos de dimensiones ya urbanas (de 5.000 a 10.000 habitantes) y que hasta finales de los años 60 era considerada como subdesarrollada. En ese momento se produjo una «industrialización difusa» partiendo de un empresariado endógeno que hizo crecer, en muy pocos años, la ocupación industrial. A ello se unió la política descentralizadora de la única gran empresa de la zona, la Zanusi. Al contrario que Prato, se trata de un área no especializada, de una gran diversidad de ramas entre las que destacan las metálicas (muy diversas) y la madera. Las relaciones entre las empresas son también muy variadas y de ellas *no son las de menor importancia las de subcontratación*.

Por último se nos presenta el caso de Téramo en la región de los Abruzos. Se trata de un área cuya proximidad a las marcas le ha otorgado algunas de las características propias que suelen señalarse en el modelo NEC, que, sin embargo, vienen a mezclarse con otras más típicamente meridionales. Esta situación intermedia ha sido la que ha favorecido su proceso de industrialización, ya que a la influencia de las Marcas

¹⁵ INDUSTRIALIZACION RURAL, 1974, p. 10.

¹⁶ COMUNIDAD EUROPEA, 1985, p. 9.

¹⁷ UNIDAD ADMINISTRATIVA DEL FONDO NACIONAL DE PROTECCION AL TRABAJO, 1983.

¹⁸ COSTA, 1985.

—que en ocasiones se manifiesta en la acogida en Téramo de industrias procedentes de un proceso de descentralización productiva en esa región—, se unen los incentivos especiales que los Abruzos recibe como zona marginal (incluso incluida en esta categoría en la CEE). Su estructura urbana es equilibrada, de pequeñas ciudades muy dinámicas (Aquila y Pescara son las más importantes). El despegue se produjo en los años 70, tras veinte años de continuas pérdidas de población, y se ha relacionado con el desarrollo de flujos transversales a través de una serie de núcleos (economías locales) de asentamiento de pequeñas industrias que une Roma con la región de Friuli-Venecia-Giulia (lo que se conoce como «la vía adriática de desarrollo»). Las ramas dominantes son la textil, el calzado y las mecánicas, con un comportamiento distinto entre ellas por lo que se refiere a la concentración o dispersión de sus unidades productivas. Pero en términos generales, al igual que en Prato, se está produciendo una *descentralización del ciclo productivo* que tiende a especializar las empresas en un solo componente del ciclo, trabajando éstas a comisión y exclusivamente para otras empresas.

En España se han dado a conocer un gran número de casos en los dos Simposium de Industrialización de Areas Rurales. En ambos, pero sobre todo en el último, predominaba la idea de que el desarrollo endógeno es una alternativa al modelo tradicional y solían compararse los casos de estudio con el modelo NEC italiano. De la misma forma que en Italia, en España este fenómeno aparece localizado territorialmente. La mayoría de los casos pertenecen a tres áreas geográficas: la levantina, la andaluza y la gallega, si bien no dejan de señalarse la existencia de otros casos más aislados.

Muchas de ellas son empresas de gran tradición en esas áreas; corresponden a ramas también tradicionales, que exigen una gran cantidad de mano de obra, poco calificada y que permite el trabajo a domicilio. Ramas como el textil (Almeines y Alcoy-Onteniente en Valencia), el calzado (Alicante) o ciertos materiales de construcción como el azulejo (Castellón y Alcira en Valencia). Estas industrias que surgieron con un carácter artesanal, dieron el salto hacia la producción industrial en los momentos del auge económico de los años 60 favorecidas por un aumento de la demanda.

Pero existen también otras industrias similares que surgieron durante la década de los 60 y principios de los 70 sin tradición previa. Muchas de ellas pertenecían a las mismas ramas que las anteriores como la de madera y juguetes de Beniparrel (Valencia) o la confección de Ordenes (Coruña) y del valle de Guadalhorce (Málaga), o algunas auxiliares del calzado en Alicante. Otras pertenecían a ramas menos tradicionales y que guardaban relación con materias primas locales, como el agroalimentario y, dentro de él, fundamentalmente, el de las conservas vegetales

(Plasencia, Coria, Naval Moral, Murcia, Galicia, etc.). O ramas que surgen de la mecanización del campo (maquinaria agrícola en Lérida). Y, por fin, otras menos relacionadas con la agricultura o las materias primas locales como las metálicas o las químicas (Grupo IAMP en Olot o la química del papel y el cartón en Beniparrel).

El origen de toda esta pequeña industria que surge en los años 60 es muy diverso. A veces, parece muy similar al que tuvo la industria tradicional, es decir, partió de una fase artesanal para transformarse en seguida en industrial¹⁹. En ocasiones surgen como cooperativas, a veces promovidas por sacerdotes, que producen prendas confeccionadas por encargo de una gran empresa²⁰. También como cooperativas, aunque absolutamente diferentes a las anteriores, surgen las de Mondragón (Guipúzcoa), que al principio (en 1943) no buscaban tanto resolver problemas de empleo como poner a prueba un nuevo modelo de producción²¹. Cuando se trataba de sectores ligados a la agricultura, estas pequeñas industrias solían ser iniciativas autónomas de los agricultores (la industria conservera y, en menor medida, de la maquinaria agrícola en Lérida); sin embargo, esa situación suele durar poco, ya que no tardan en entrar otros agentes, ya urbanos, que acaban por dominar el sector²².

Estos casos que acabamos de ver responden realmente a un modelo de industrialización endógena, es decir:

«que se produce en zonas ubicadas fuera de los centros de influencia de los puntos de concentración industrial, que responde a iniciativas locales y que se basa en la explotación de recursos propios».

El origen de las industrias más antiguas españolas que han sido revisadas, tenía, en su mayoría, un carácter familiar-artesanal que podríamos considerar —aunque no en todos los casos— de endógeno (textil de Alcoy-Onteniente, calzado de Alicante). Se trataría de un fenómeno mucho más extenso del que se nos muestra y que entronca con la artesanía rural desplazada, casi en su totalidad, por la penetración del modo de producción capitalista en los sectores que ocupaba. Los casos que hoy se observan no son sino un residuo, aquéllos que han sabido irse adaptando, lo que en la mayoría de los casos les ha supuesto una pérdida de autonomía, su caída en la subcontratación. Por otro lado, las industrias nuevas surgidas en los años 60 pertenecientes a las ramas más tradicionales, tienen un origen muy similar a las anteriores, pero su caída en la dependencia llega enseguida por medio de la subcontrata con grandes empresas o centros comerciales (Ordenes con El Corte Inglés, Valle de Guadalhorce, etc.). En ocasiones, éstas no se distinguen de las que surgen ya como consecuencia de una estrategia patronal de descentralización del ciclo productivo, lo que se ha dado en llamar «subcontrata en cascada» (en Italia, Prato, mediante el alquiler y venta de los telares de una industria textil en crisis a

contratadas por una o varias empresas.

¹⁹ Es el caso de Viriato S.A. en Ordenes. Su cliente más importante es El Corte Inglés.

²⁰ Es el caso del valle del Guadalhorce, donde en 1970 y promovida por un sacerdote, se crea la primera cooperativa de mujeres que producen prendas confeccionadas por encargo de alguna gran empresa comercial. En los cinco años siguientes, y siempre por iniciativas de sacerdotes, surgen otras cinco más, que como la primera no son sino cooperativas de trabajadoras a domicilio, sub-

²¹ Se trataba de un proyecto de inspiración católica que pretendía conjugar capital y trabajo en las mismas personas. En 1960 las cooperativas, que ya se habían extendido por todo el País Vasco, crearon su propio modelo de financiación: La Caja Laboral Popular que desde entonces dota de capital a todas las nuevas cooperativas.

²² Así sucedió a partir de los años 70 en Navarra.

trabajadores autónomos, conservando la empresa madre que controla los canales de comercialización; en España, Priego en Córdoba).

Según la definición de Santecana, tal distinción no tiene objeto. A pesar de que él matiza que las empresas representativas de este modelo producen independientemente unas de otras, sin vínculos de dependencia, no se preocupa del pequeño detalle de si además de ser independientes entre ellas estas pequeñas empresas son independientes de grandes empresas o, en términos más precisos, subcontratadas de las mismas. Sólo importa que se trate de «iniciativas locales» y así se consideran las de Prato y Téramo en Italia o las de Priego, Alicante, Alcoy-Onteniente, Ordenes... todas ellas industrias que mantienen subcontratas. Es cierto, claro está, que existen casos en los que tal tendencia a la dependencia bajo la forma de subcontrata, no se manifiesta tan claramente. Es el caso, por ejemplo, del Grupo IAMP (Industrias Auxiliares de Metales y Plásticos) en Olot, cuyo origen puede considerarse endógeno. Sin embargo, tales casos no son los más frecuentes.

VI. LA INDUSTRIALIZACION ENDOGENA ANTE LA CRISIS ECONOMICA

En contra de lo que mantienen los defensores de este modelo, la mayoría de estas pequeñas empresas se han visto afectadas por la crisis. En muchos de los casos es consecuencia de la entrada en crisis de las propias ramas que ocupan. Así sucede en dos de las ramas más representativas de este tipo de industria: el textil y el calzado. Dentro del primero de ellos cabe distinguir dos subsectores: el textil propiamente dicho y el de la confección. El primero se encuentra fuertemente concentrado geográficamente en Cataluña (65% del empleo total del ramo), Béjar, Crevillante y Alcoy-Onteniente, pero con un predominio de la pequeña empresa familiar (aunque el 73% del empleo y el 78% de la producción pertenece a las empresas de más de 50 trabajadores); la rápida evolución tecnológica a que se ha visto sometido (hilatura, seda, ramo del agua, etc.) ha puesto de manifiesto la obsolescencia de una gran parte de las empresas, y si algunas han conseguido sostenerse ha sido gracias al alto nivel arancelario con que contaba el ramo²³; comarcas en las que tenía una gran importancia por ocupar altos porcentajes de su mano de obra industrial (Ripollés y Garrotxa con un 40 y un 50% respectivamente) se ven hoy con graves problemas de paro; en otras, sin embargo, se ha producido una adaptación provisional, al adoptar una estrategia de subcontrata y aplicar trabajo a domicilio, como es el caso de Alcoy-Onteniente. En el segundo subramo, el de la confección, la distribución de sus empresas es diferente; lo que existe es una verdadera dispersión geográfica de pequeñas empresas (87% de ellas tienen menos de 50 trabajadores, aunque el 13% restante ocupa el 64% del empleo y produce el 73% del total) radicadas, por lo general, en pequeñas poblaciones (excepto las grandes que se encuentran próximas a importantes núcleos); al igual que el primero y que toda la rama en su conjunto, se ha visto sometido

también a fuertes aranceles (40%), que sin embargo no han podido detener su caída, causada por la debilidad tecnológica, el encarecimiento de la mano de obra, la disminución del mercado interior y la doble penetración en éste de productos de alta calidad procedentes de países más desarrollados y de productos de los países subdesarrollados, competitivos en precio por sus bajos costes salariales²⁴. No obstante, parece hacer frente mejor a los tiempos de crisis. Así en el Valle del Guadalhorce las cooperativas se multiplican por dos entre 1976 y 1980 (pasan de 6 a 12) y surgen 12 nuevas en el año 1982; en Ordenes (Viriato S.A.) el incremento de la producción es continuo hasta 1983 (aunque en sólo un año —1983/84— ha caído por debajo de la producción de 1978); además aparecen industrias nuevas durante este período, como las de Priego (Córdoba), donde tras la crisis de una importante industria textil tradicional (a principios de los 70), los antiguos trabajadores y agentes comerciales están llevando a cabo iniciativas empresariales en el ramo.

Algo parecido sucede en la rama del calzado. Esta, al igual que la textil, es una rama intensiva en mano de obra, cuyo grado de concentración espacial es absoluto. Sólo la provincia de Alicante (comarca de Elda, Elche y Villena), agrupa el 56% de las empresas y el 53% del empleo del sector. El tamaño de empresa que domina es el pequeño (dimensión media de 30 trabajadores) y cuenta aproximadamente con un 20% de trabajo a domicilio²⁵. La crisis del sector está afectando a la mayoría de los países desarrollados debido a la competencia de los subdesarrollados, que trabajan con costes inferiores de mano de obra. En Alicante, la dinámica de las empresas suele ser cíclica; surgen como artesanales-familiares, crecen hasta alcanzar un cierto punto ya como producción industrial, y luego decaen y acaban cerrando debido al peso que la componente de los salarios y las cargas sociales adquieren en los costes de producción²⁶.

El ramo de las conservas vegetales, en el que también se da este tipo de industria debido a sus características propias (reducidas inversiones, baja relación capital/trabajo y poca necesidad de economías de escala), no está especialmente afectado por la crisis, pero los promotores de las industrias —agricultores en su mayor parte— están siendo sustituidos, absorbidos por capitales urbanos que las reconvierten llevando a cabo una concentración fabril que supera los problemas planteados a las pequeñas industrias, como el de la producción temporal (enlatando diferentes productos según las épocas) o el de las cada vez mayores exigencias sanitarias.

El mimbre, ejemplificado en Valleda (Valencia), sufre las consecuencias de la crisis. Sus exportaciones han disminuido y también su mercado interior, debido a la competencia que los países suministradores de materia prima le están haciendo tras crear sus propias industrias.

Por último, el sector del azulejo (Castellón) entró en crisis a partir de 1974 debido a la saturación del mercado interior en el que penetra el azulejo italiano, lo que le obliga a exportar hacia mercados agotados, abandonados por los italianos.

En definitiva, el argumento central de quienes

²³ LIBRO BLANCO, 1983.

²⁴ LIBRO BLANCO, 1983.

²⁵ LIBRO BLANCO, 1983.

²⁶ BERNABE, 1983.

sostienen que la industrialización endógena es el modelo alternativo de desarrollo industrial, es decir, el no resultar afectado por la crisis, no parece sostenerse empíricamente. La explicación de Houssel a un desarrollo de este tipo en Italia y España tiene al menos que ponerse en duda, ya que es precisamente la competencia de los países subdesarrollados la que está hundiendo a estos sectores a pesar de sus esfuerzos por conseguir condiciones más favorables, como la descentralización de sus ciclos productivos. Y es aquí donde está la clave de esa cierta resistencia, en muchos casos real, que ha permitido a alguna de estas empresas mantenerse durante la crisis a pesar incluso de que su ramo lo esté. Pero la razón de esta resistencia no se encuentra en las supuestas características de la industria endógena, o al menos en aquellas características que aparecen como positivas en ese modelo, su integración en el medio o el aprovechamiento de los recursos locales, sino en aquellas otras características que no adornan precisamente su imagen. Su capacidad de resistencia reside precisamente en las condiciones en que trabajan esas «industrias» (que a veces no merecen ni llevar tal nombre), dependientes y subcontratadas de grandes empresas industriales o comerciales. La descentralización de los ciclos productivos y la subcontrata ha hecho que el número de empresas se multiplique, pero lejos de suponer, como se nos quiere hacer ver, una situación de dinamismo empresarial, sólo consiste en una situación de ajuste con escasas expectativas de futuro, ya que de un lado no consigue contrarrestar la competencia de los países subdesarrollados (tanto más si desaparecen los aranceles que protegen a alguna de estas ramas), y de otro, tampoco consiguen alcanzar las innovaciones tecnológicas de los países más desarrollados. Su situación intermedia es, en este sentido, negativa.

VII. CRISIS ECONOMICA Y CRISIS DE UN MODELO UNICO Y CENTRALIZADO DE INDUSTRIALIZACION

Habría que preguntarse qué es lo que hace insistir a tantos autores sobre este modelo alternativo. Para muchos —como señalan J. del Castillo y M. García— no es más que el producto de un deseo concebido a priori y que les hace ver en la realidad lo que no es, es decir, que el sistema desarrolla los cauces para acabar con los desequilibrios regionales y comienza a caminar de forma armónica, teniendo en cuenta las realidades regionales y locales²⁷. Sin embargo, a menudo, este tipo de ilusiones acaban por justificar ciertas formas de explotación del trabajo (trabajo negro) superiores aun a las del modelo centralizado²⁸.

Asimismo participan —consciente o inconscientemente, esto no hace al caso— en la justificación de una política «local» o «regional» que los Estados es-

tán adoptando, presentándola como la corrección de los desequilibrios locales y no como lo que es, un intento de amortiguar las consecuencias de la crisis mediante la desviación de una parte de los recursos (plusvalía social) hacia lo local:

«donde el calor inmediato de los intercambios sociales se combina con un reforzamiento del control social asegurando el orden... y la adaptación de los individuos a las "necesidades" de la producción»²⁹.

Este creemos que es y ha sido desde ya hace tiempo el objetivo real de las políticas de «desarrollo regional». Ya en la reunión de Bucarest el planteamiento no era tanto el de rectificar el rumbo del desarrollo como el de adelantarse a ciertos peligros que parecían vislumbrarse. No apremiados por la crisis, desencadenada a partir de ese mismo año, pero movidos por los síntomas que ya comenzaban a manifestarse³⁰, proponían la incentivación y apoyo a la instalación de industrias relacionadas con los recursos locales e integradas en el medio rural. Y no se olvidaban, por supuesto, destacar entre las industrias recomendables, *las manufacturas subsidiarias o subcontratadas* de grandes fabricantes³¹.

Con la llegada de la crisis los instrumentos de política regional se han tomado en serio la desviación de recursos hacia lo local. Los recursos presupuestarios del FEDER se han multiplicado por 8 entre 1975 y 1984 alcanzando, en este último año, el 7,8% del presupuesto general de la CEE, proporción que se propone incrementar hasta el 20% en 1987.

Desde luego, lo que sí revela este repentino interés por el medio local y el impulso de iniciativas empresariales en el mismo es la imposibilidad de fomentar el empleo, es decir, enfrentarse al azote de la crisis, planteándose la ampliación de plantillas en las empresas existentes, que por lo general se están sometiendo, o se han sometido ya, a un proceso de reconversión que viene suponiendo la reducción del número de trabajadores que mantenían. Por tanto, si hay algo cierto en el modelo de industrialización endógena es su planteamiento de que el modelo concentrado de industrialización se encuentra en crisis o, para mejor expresarlo, que la crisis económica ha hecho tambalearse la localización industrial hasta ahora mantenida.

Pero el modelo endógeno confunde una multitud de fenómenos distintos que sólo podríamos agrupar bajo la denominación de «iniciativas de ajuste a la crisis». Desde «el buscarse la vida en su pueblo» del trabajador despedido o del joven sin esperanza de encontrar trabajo (recuperando industrias artesanas tradicionales: queso, cerámica...), hasta las pequeñas empresas (a veces simple trabajo a domicilio) surgidas de la descentralización del ciclo productivo de empresas fuertes que buscan ahorrarse costes y transmitir parte del riesgo empresarial, existe un amplio abanico de situaciones. El proclamar que todas ellas corresponden a un modelo endógeno crea una confu-

²⁷ CARAMES, 1985. «En las Comunidades Europeas, en la OCDE, en el Consejo de Europa, en los distintos gobiernos nacionales y regionales se han vuelto las miradas hacia la industrialización endógena con esperanza, esperanza acuciada por una crisis que, lejos de ser coyuntural, se ha ido asentando como una alternativa profunda de la vida social, que demanda comportamientos, enfoques y políticas diferentes».

²⁸ En el caso de algunos autores, como el de E. Saraceno,

no se ocultan tales formas de explotación sino, al contrario, se proclaman con entusiasmo, subrayando las ventajas que ellas ofrecen a un desarrollo industrial de este tipo.

²⁹ CASTILLO y GARCIA, 1985.

³⁰ INDUSTRIALIZACION RURAL, 1974, p. 5.

³¹ INDUSTRIALIZACION RURAL, 1974, pp. 7-8.

sión que sólo sirve para ennoblecer iniciativas políticas que no buscan tanto atacar la raíz verdadera de los problemas que provoca la crisis, como, en el mejor de los casos, paliar sus efectos a costa de permitir e incluso propiciar la sobreexplotación del trabajo. Muchas grandes empresas aprovechan esas condiciones y recurren a las subcontratas. Iniciativas como las ILE reconocen perfectamente quién lidera este movimiento, incluso deja entrever el proceso de ajuste que se esconde tras de él:

«Sociedades como Shell, Kodak, Rhone-Poulenc, British Steel y Control Data Systems han lanzado ya programas activos de creación de empresas en el cuadro más amplio de sus actividades sociales, o, a continuación del cierre de alguna de sus instalaciones, algunas grandes empresas han creado "talleres de distrito" y ponen a disposición de pequeñas empresas, talleres y locales; otros suministran una ayuda financiera directa, juegan el papel de bancos de negocios o conceden garantías bancarias. En otros casos las grandes empresas aseguran una ayuda técnica de sus empleados más cualificados (cuadros de especialistas en gestión, ingenieros, etc.) para crear pequeñas empresas. Iniciativas de más envergadura son a veces tomadas por "trust" de grandes sociedades, de industriales u otros grupos, principalmente los sindicatos que se esfuerzan en acrecentar a largo plazo la viabilidad de regiones duramente castigadas por la pérdida de empleo y los excedentes de mano de obra»³².

Las cosas deben ser llamadas por su nombre y no camufladas tras ilusiones de un futuro imaginario. Y esto no solamente por el papel ideológico que tales modelos juegan, sino porque éstos se alzan como obstáculos a una interpretación correcta de los procesos que se están produciendo. Para que el estudio de estos ajustes no se vea confundido por espejismos, es preciso, en primer lugar, identificar perfectamente cada uno de los fenómenos que están apareciendo, y, en segundo, buscar las explicaciones sin olvidarse de la lógica misma del capital.

En este sentido ya existen, desde los años 70, trabajos que presentan modelos más complejos, en los que se diferencian las funciones del centro y la periferia del sistema. Desde ellos se desarrollaron explicaciones a la industrialización rural en las que ésta ya no jugaba un papel de excepción sino que se incardinaba en la lógica de esa dualidad. Es el caso de la teoría de Lung³³ que plantea la existencia de dos regímenes de acumulación de capital correspondientes a diferentes fases de su desarrollo. El primero de ellos es el que denomina *extensivo* y bajo el cual tendría lugar —en dos etapas diferenciadas— tanto la acumulación originaria de capital (separación de los productores de sus medios de producción) como la especialización regional del mismo (en el que la región se transforma en el espacio donde se impone la regulación de la ley del valor y las técnicas de producción). El segundo régimen de acumulación, el *intensivo*, se inicia al producirse el estallido espacial de los procesos de producción (años 50 en Francia), con lo que si la acumulación extensiva se había apropiado del espacio de circulación, la acumulación intensiva lo hará del espacio de producción, permitiendo la integración de las

regiones subdesarrolladas gracias a la división del trabajo y al movimiento de descualificación que éste entraña. Según Lung éste es el momento en que no sólo es posible sino también necesaria la industrialización rural. A partir de entonces la localización del proceso de trabajo reposa sobre una doble diferenciación del espacio en función de la cualificación y el coste de reproducción de la fuerza de trabajo. Es decir, el espacio se estructura no ya respondiendo a las fuerzas centrífugas predominantes que caracterizan el modelo de acumulación centrada del régimen extensivo (la localización de la mano de obra cualificada determina la localización industrial), sino entre los polos que concentran el trabajo cualificado y las regiones periféricas, zonas de mano de obra no cualificada y barata. En definitiva, el medio rural sería, como medio periférico, el espacio específico en que se asentarían procesos de trabajo poco cualificado.

Otros autores, como P. Maclouf y J. L. Sarbib³⁴, apuntan en la misma dirección. Para éstos la fuerza de trabajo se encuentra dividida hoy en dos segmentos: una fuerza de trabajo *primaria* extraordinariamente móvil geográficamente, bien pagada y muy estable, que ocupa los sectores punta, y otra *secundaria*, poco cualificada y poco móvil geográficamente. El resultado, coincidiendo con Lung, sería un modelo dual de localización que atendería a tal diferenciación, y que no sería otra cosa que el producto de una contradicción cada vez más patente, la que se desprende de:

«la articulación entre una lógica de acumulación del capital cada vez más internacional y una lógica de reproducción de la fuerza de trabajo cuya inserción en el espacio es muy fuerte»³⁵.

Estas teorías plantean la dualización del modelo de localización industrial como el resultado del propio desarrollo del sistema, como la extensión de las relaciones de producción capitalistas, y en consecuencia, como la ampliación de la división del trabajo. Desde un punto de vista más sociológico L. Sanz³⁶ ve en la crisis la causa fundamental de la expansión de esas relaciones de producción. Para él, la crisis del modelo no es más que la expresión de una de las contradicciones básicas del capitalismo ya señaladas por Marx: la de que el capital, en su desarrollo, no sólo engendra su propia contradicción en el proletariado, sino que lo agrupa en grandes aglomeraciones posibilitando su organización. Desde esta perspectiva:

«la concentración de fuerza de trabajo en las ciudades favoreció la organización de las clases sociales, que se manifestó en un aumento de los niveles salariales y de las cargas sociales (...), junto con una caída de la tasa de beneficio»³⁷.

La crisis se produjo al confluir tal circunstancia con el aumento de los precios de la energía y el aumento de los déficits del Estado y de la balanza de pagos, que disparó el proceso inflacionista. En su opinión, el sistema se defiende expandiendo el dominio del capital tanto en el ámbito de la vida como de los espacios geográficos, es decir, el capital extiende las relaciones sociales capitalistas como única forma de ensanchar

³² UNIDAD ADMINISTRADORA..., 1983.

³³ LUNG, 1983.

³⁴ MACLOUF y SARBIB, 1983.

³⁵ GAMBIER y VERNIERES, 1882.

³⁶ SANZ, 1983.

³⁷ SANZ, 1983.

sus mercados, tal y como ya lo había planteado Rosa Luxemburgo³⁸.

Por último, se puede concebir este fenómeno de relocalización no tanto como el declive del modelo metropolitano, sino como su difusión, es decir, su reproducción aunque incorporando al área metropolitana espacios cada vez más alejados. Se trataría de la eclosión de terceras coronas periurbanas aún en formación, a las que la industria está acudiendo en busca de nuevas ventajas (terrenos y mano de obra más baratos, menores trabas legales, etc.)³⁹.

Pero el objeto de estas líneas no es el de llegar a

establecer un modelo alternativo al metropolitano, que desde nuestro punto de vista iría por el desarrollo de estas últimas interpretaciones presentadas, sino el de reflexionar sobre la sospechosa ligereza del modelo endógeno, hoy de moda, su utilización ideológica y el confucionismo que crea en los estudios de industrialización rural y relocalización industrial en general. Corresponde a especialistas el explicar las tendencias, sin duda complejas y entrecruzadas, que en la localización (ya que la concentración económica y de control es indudable) presenta hoy el desarrollo industrial.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

- BERNABE, J. M^a: «Industria espontánea en la provincia de Alicante», *SIAR-83*.
- CARAMES, L.: «Conclusión», *SIAR-85*.
- CASTILLO, J. del y M. GARCIA: «Difusión tecnológica e industrialización. Relación entre las políticas tecnológicas y el desarrollo local», *SIAR-85*.
- COMUNIDAD EUROPEA: *La política regional europea*, 1985, Documentos, 85, 5.
- COSTA CAMPI, T.: «Los incentivos locales al empleo», *SIAR-85*.
- GAMBIER, D. y M. VERNIERES: *Marché du travail*, París Económica, 1982.
- GONZALEZ LINARES, G.: «Copia del informe (publicado en forma de artículo en la revista de España el 10 de Febrero de 1885) dado en la Comisión constituida para el estudio de las cuestiones relativas al mejoramiento de las clases obreras», *Manuscrito que el autor envió a Eduardo de la Pedraja*.
- GONZALEZ URRUELA, E.: «Implicaciones territoriales de la reconversión industrial en las áreas metropolitanas», *Papeles de Trabajo*, 1987, Mecanografiado.
- GRANADOS, V. y V. SEGUI: «Debate sobre las potencialidades endógenas, un camino hacia la planificación económica territorial», *SIAR-85*.
- HOUSSEL, J. P.: «L'industrialisation spontanée face a la crise de 1973 en Europe Occidentale», *Revue de Géographie de Lyon*, 1984, pp. 331-346.
- *Informe de la Reunión del Grupo de Expertos en Industrialización Rural celebrado en Bucarest del 24 al 28 de Septiembre de 1973*, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York, 1974.
- JEGOUZO, E.: «Mobilité professionnelle et reduction de la pauvreté agricole: un exemple dans la région de Rennes», *Economie Rurale*, 1968, pp. 33-43.
- LARBIOU, S.: «Industrialisation-Urbanisation? L'exemple de Lacq», *Études Rurales*, 1973, pp. 245-264.
- *Libro Blanco de la reindustrialización*, Ministerio de Industria y Energía, Servicio de Publicaciones, 1983, 267 pp.
- LUNG, Y.: «Régimes d'accumulation et dynamiques spatiales du capital: quel statut pour la région?», *Revue d'Economie Régionale et Urbaine*, 1983, pp. 439-462.
- LUXEMBURGO, R.: *La acumulación de capital*, Grijalbo, Madrid, 1978.
- MACLOUF, P. y J. L. SARBIB: «Dualisation spatiale et dualisation sociale de la force de travail en période de crise, deux scénarios possibles», *Revue d'Economie Régionale et Urbaine*, 1983, pp. 119-146.
- SANZ, L.: «Vivir para trabajar, trabajar para vivir: la irrupción del capitalismo y los cambios en el "modo de vida" en las zonas rurales», *Sociología del trabajo*, 1981.
- SANZ, L.: «Proceso de industrialización en zonas rurales. SIAR-83. Una reflexión española», *Agricultura y Sociedad*, 1983, pp. 207-273.
- E. SARACENO: «Evolución de las políticas regionales en Italia», *SIAR-83*.
- UNIDAD ADMINISTRATIVA DEL FONDO NACIONAL DE PROTECCION AL TRABAJO: «Líneas Básicas del programa: Promoción Iniciativas Locales para la Creación de Empleo», *SIAR-83*.

³⁸ LUXEMBURGO, 1978.

³⁹ GONZALEZ URRUELA, 1987.